



EL CASTILLO DE OCRE.

Cronicon escrito por Sampiro, Obispo de Astorga, por los años de 1000.

(Conclusion.)

FROILANO II.

20. Muerto Ordonio, su hermano Froilano sucedió en el reino, (el que tomó por esposa á la señora Munia, de la que tuvo por hijos á Adefonso, Ordonio y Ramiro, además de otro llamado Azenarez, que le nació fuera de legítimo matrimonio.) Como fué corto su reinado, no alcanzó victorias aunque algunas veces peleó; es fama que mandó ajusticiar sin culpa á dos hijos de cierto noble llamado Olmundo, por lo que Dios por sus justos juicios, le privó del reino; también desterró sin causa al obispo Legionense, llamado Fronimio, no contento con haber muerto á sus hermanos, (sin recordar que al emperador Domiciano, permitió Dios le diese muerte el Senado Romano por haber desterrado al beatísimo Juan Apostol y Evangelista. Tampoco respetó aquellas palabras de David: No toqueis á mis ungidos, ni os ensañeis contra mis Profetas) por esto fué muy breve su reinado y brevísima su vida, que acabó lleno de lepra. (Fué sepultado junto su hermano en Legion.) Reinó solamente un año y dos meses (el sobredicho Obispo recobró su Obispado.) Era DCCCCLXIII, (año 935.)

ADEFONSO IV.

21. Muerto Froilano, Adefonso hijo del señor Ordonio, empuñó el cetro paterno, (el que tomó por esposa á Xemena de la que tuvo á Ordonio el Malo.) Quiso después dejar el reino, y retirarse al claustro y para realizarlo, envió mensajeros á su hermano Ramiro, que se hallaba á la sazón en la parte de Virci manifestándole que quería renunciar en su favor el reino. Vino Ramiro con presteza á Zémora con todo su ejército, y sus magnates y tomó el reino. Su hermano se apresuró á retirarse al Monasterio que llaman de los Señores Santos, situado á orillas del río Ceia, y allí se hizo monge. Ramiro movió su ejército en persecución de los árales, y á poco de llegar á Zémora, le vinieron mensajeros avisándole que su hermano Adefonso, dejando el monasterio se había apoderado de nuevo del reino de Legion. Movido de ira el rey con tales nuevas, y mandando tocar las bocinas, y

preparar las armas, retrocedió apresuradamente á Legion, donde el tuvo sitiado noche y día, hasta que se apoderó de su persona y lo encerró en un calabozo. Entonces todos los magnates Asturienses enviaron mensajeros al referido príncipe Ranimiro, el cual sin embargo penetró en Asturias y prendiendo á todos los hijos de Froilano, hermanos del señor rey Ordonio, á saber: Adefonso, Ordonio y Ranimiro, se los llevó consigo, y reuniéndolos con su referido hermano Adefonso el que estaba ya en la cárcel, les hizo quitar los ojos á todos en un mismo día. Había reinado el tal Adefonso siete años y siete meses. Era DCCCCLXIX. (Año 931.)

RAMIRO II.

22. Reinando ya seguro Ranimiro, consultó con todos los magnates de su reino, por dónde podría hacer entrada en tierra de los Chaldeos, y juntando su ejército, se dirigió á la ciudad que llaman Magerit (1) de la que se apoderó á viva fuerza en un día de Domingo, y después de destruir sus muros, y causar grandes estragos, logró con la ayuda y clemencia de Dios regresar á su casa, en paz y con victoria. Estando aquí en Legion, recibió un mensajero que le enviaba Fredinando Gundisalvo, con la noticia que se dirigía contra Castilla un grande ejército: oído por el rey, movió sus tropas, y salió á encontrarle en un lugar llamado Otoma, é invocando el nombre del Señor, ordenó sus haces y dispuso á sus soldados para el combate. El Señor por su clemencia y ayuda divina, le dió la victoria: dejó tendidos en el campo la mayor parte de los contrarios, y llevándose consigo muchos miles de cautivos, volvió á su corte con tan gran victoria. Poco después, juntó otra vez su ejército y se dirigió á Cesar Augusta. Su rey sarraceno llamado Aboiahia, se sometió al gran rey Ranimiro, y le cedió todas las tierras que nuestro rey había subyugado. Faltando pues á lo que debía á su rey Abderrachman de Corduba, prestó obediencia al rey católico con todos los suyos. Nuestro rey empleó entonces todas sus fuerzas y poderío contra los castillos que se habían sustraído de la obediencia de Aboiahia, y habiéndolos ganado se los entregó á éste, y volvió victorioso á Legion. Aboiahia, sin embargo, faltó de nuevo al rey Ranimiro, y por medio de mensajeros hizo las paces con Abderrachman. (Por esto vinieron los sarracenos Cordubenses, y se apoderaron de Soutos Covas.) Después el rey Cordubense Abderrachman con un grueso ejército, marchó contra Septimancas. (Esto lo

(1) Esta es la primera vez que en la historia se menciona á Madrid.

anunciara Dios con terribles señales en el cielo, convirtiendo el sol en tinieblas en todo el universo mundo por espacio de una hora.) Apenas oído por nuestro católico rey, dispuso sus numerosas huestes para salir á su encuentro, y empeñado el combate, concedió el Señor la victoria al rey católico un lunes, víspera de la fiesta de los santos Justo y Pastor, quedando muertos en aquella jornada 80.000 moros. También fué hecho prisionero por los nuestros el rey de los Agarenos Aboahia, y conducido á Legion fué encerrado en una cárcel; castigándolo Dios así por sus rectos juicios por haber faltado al señor rey Ranimiro. A los pocos que lograron salvarse con precipitada fuga, el rey los persiguió, dióles alcance en una ciudad llamada Alhandega y allí acabó de exterminarlos. El mismo rey Abderrachman, mal herido, logró salvarse á duras penas. Los nuestros se apoderaron de muchos y ricos despojos de oro, plata y vestidos preciosos. Después de tan señalada victoria, volvió el rey en paz y seguridad á su casa.

23. Dos meses después, llevó su ejército á la ribera del Turmi y dispuso se repoblasen varias ciudades que estaban desiertas. Entre estas lo fueron Salmantica, antigua Sede de los castellanos, Letesma, Ripas, Balneos, Alhandega, Penna y otros muchos castillos que sería prolijo enumerar. (Al mismo tiempo poblaba el conde Roderico, á Amaya y en Asturias el territorio de Santa Juliana, (1) y el conde Didaco poblaba á Burgos y Ovierna por mandato del rey; otras de las poblaciones que se llevaron á cabo á la sazón con el auxilio de Dios, fueron la de *Nauda*, por el conde Nunnio Munionis, la de Oxoma por Gundisalvus Telliz, la de Auca, Churia y Sancto Stefano por Gundisalvo Fredinandez y la ciudad que llaman Septem pública por Ferdinando Gundisalvo.) Este referido Ferdinando Gundisalvo, y Didaco Munio, se levantaron luego contra el señor rey Ranimiro, y le movieron guerra. El rey que era fuerte y prudente, los apresó é hizo conducir cargados de hierro á la cárcel, al uno á Legion y el otro á Gordon. Largo tiempo pasó, y habiendo jurado obediencia al rey, recobraron su libertad pero les fueron confiscados todos sus bienes. Entonces fué cuando Ordonio, hijo del rey, tomó por esposa una hija de Ferdinando Gundisalvo llamada Urraca, á la razón que el buen Ranimiro (que había tenido ya por hijos de la reina Tarasia por sobrenombre Florentina, además del dicho Ordonio á Sanctio y Geloira y consagró á Dios á su hija Geloira).

24. En nombre de esta, edificó dentro de la ciudad legionense y muy cerca del palacio Real, un grandioso monasterio en honor del Santo Salvador. Otros dos monasterios construyó en la ribera del río Ceia con advocación de San Andrés Apóstol y San Cristóforo mártir: luego otro á la orilla del Dori dedicado á Santa María siempre virgen, y finalmente fundó otro monasterio en honor de San Micael Arcangel, en una heredad propia que tenía en el valle de Ornia y que se nombraba Destriana. En el XIX año de su reinado, reunió de nuevo su ejército, y marchó á Elbora, ciudad de los Agarenos, que ahora se llama vulgarmente Talavera, y empeñándose la batalla, fueron muertos doce mil agarenos, y se llevó siete mil cautivos, con lo que regresó victorioso y dirigiéndose á Oveti, cayó gravemente enfermo. Volvióse á Legion, y allí rodeado de todos los obispos y abades que le exortaban, hizo su confesión la víspera de la aparición del Señor, (la Epifanía); abdicó el reino, y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré á la tierra. Sea el Señor en mi ayuda, y nada temeré á lo que pueda hacer el hombre.» Fué su reinado feliz en la tierra, y como amaba á los hombres de su reino, así será amado por los ángeles en el cielo. Murió naturalmente, y fué depositado en un sarcófago en el cementerio que está junto la iglesia del Santo Salvador que había construido para su hija la señora Geloira. Reinó por diecinueve años, dos meses y veinticinco días. Era DCCCLXXXVIII. (Año 950.)

ORDONIO III.

25. Muerto Ranimiro, su hijo Ordonio, empuñó el cetro paterno. Era varón muy prudente, diestro y ejercitado en las armas. Conjurados su hermano Sanctio, su tío Garseamo, rey de los Pamplonenses, y Ferdinando Gundisalvo, conde de los Burgenses, se aproximaron con sus ejércitos á Legion, con objeto de espulsar á Ordonio, y dar el reino á su hermano Sanctio. Llegando á oídos del rey Ordonio, reunió sus tropas, y dirigiéndolas con su acostumbrada pericia, logró defender sus ciudades y conservar su reino y cetro. (Entonces repudió á su esposa que tenía por nombre Urraca, que era hija del citado conde Ferdinando.) Luego que se retiraron los rebeldes, tomó por mujer á Geloira, de la que tuvo al rey Veremundo, que adoleció de gota. El mismo rey Ordonio, con un poderoso ejército, se dirigió á Gallecia, á la que sometió, y llegó hasta saquear á Olisbona y regresó después en paz y con victoria á la Sede real, cargado de despojos y llevando consigo gran número de cautivos; esto obligó al que había sido su suegro, el referido Ferdinando, á someterse y allanarse á su servicio.

Reinó cinco años y siete meses, y murió de enfermedad en la ciu-

dad de Zemora, siendo sepultado en Legion junto á la iglesia (del santo Salvador, al otro lado del sarcófago de su padre el rey Ranimiro. Era de DCCCLXXXIII. (Año 955).

SANCIO I.

26. Muerto Ordonio, su hermano Sancio, hijo también de Ranimiro, obtuvo pacíficamente el reino. Mas á poco de cumplido el primer año de su reinado, una conjuración habilmente dirigida, le obligó á salir de Legion y refugiarse en Pamplonia, desde donde por consejo de sus amigos y de su tío el rey Garneani, se fué á ver con Abderrachman rey de los Cordubenses después de haberle enviado embajadores. En tanto se pusieron de acuerdo los magnates de su reino, unidos con Fredinando conde de los Burgenes y eligieron para rey á Ordonio el Malo, hijo del rey Adefonsi, el que había sido privado de los ojos con sus hermanos. El tal conde Fredinando, le dió entonces por esposa á su hija la que fuera repudiada por Ordonio, hijo de Ranimiro. Entre tanto el rey Sancio, que era escesivamente obeso, se restableció á causa de ciertas hierbas que le suministraron los Agarenos, y desvaneciéndose la hinchazón de su vientre, y volviendo á su primitiva agilidad, tomó consejo de los sarracenos para recobrar el reino que se le usurpara. Para esto salió de Corduba con numerosísimo ejército, y se encaminó á Legion: mas apenas pisó la tierra de su reino, y llegó á noticia de Ordonio, huyó éste de Legion por la noche, y se refugió en Asturias, y quedó Sancio posesionado de su reino. En seguida de haber llegado á Legion, sometió á los que se habían levantado con el reino de su padre. El referido Ordonio espulsado á su vez de Asturias, buscó un asilo en Burgos, pero no queriendo recibirlo los Burgenses, le arrojaron de Castilla, y se dirigió á la tierra de los Sarracenos, quedando solo con su mujer Urraca, la cual tomó después otro marido. Viviendo Ordonio entre Sarracenos, hubo pues de llorar sus pasadas culpas, (sufriendo la maldición del Señor ya que rechazó su bendición. Al mismo tiempo el rey tomó esposa llamada Tarasia de la que tuvo un hijo llamado Ranimiro.) Mas adelante el rey Sancio de acuerdo con su hermana Geloira, y con la reina, envió mensajeros á ciudad de Corduba para recoger el cuerpo del Martir San Pelagio, que sufriera el martirio en los días del príncipe Ordonio, y reinando sobre los árabes Abderrachman Era DCCCLXIII.

27. En tanto estaban de camino los legados enviados para tratar de la paz, y de la entrega del cuerpo de San Pelagio, con los que iba Velasco, obispo Legionense. Salió el rey Sancio de Legion y se dirigió contra Gallecia sometiendo toda hasta el río Dori. Oído eso por Gardisalvo, que era el duque de la otra parte del río, reunió un gueso ejército, y trató de resistirle á la orilla del mismo río; mas luego cambiando de plan, y maquinando una traición, le envió mensajeros mostrando dispuesto á satisfacer el debido tributo, por las tierras que poseía, al mismo tiempo que para lograr por malas artes la muerte del rey, le envió veneno en una manzana; cuando el rey la gustó, sintió su corazón herido de muerte, y desfallecido y silencioso, emprendió apresuradamente la vuelta á Legion: pero al tercer día de viaje acabó su vida, (y fué sepultado en Legion muy cerca de su padre en la Iglesia de San Salvador.) reinó XII años. Era MV. (Año 967).

RANIMIRO III.

28. Muerto Sancio, su hijo Ranimiro, de edad de cinco años, sucedió en el reino de su padre, gobernado por los consejos de la reina y de su prudentísima tía la señora Gelvira que estaba dedicada á Dios. Tuvo paz con los Sarracenos, y de ellos recibió el cuerpo de San Pelagio mártir que depositó en un túmulo en la ciudad Legionense, acompañándole en este acto, varios religiosos obispos.

En el segundo año de su reinado, llegaron á las ciudades de Gallecia cien naves de Nortmandos con su rey llamado Gunderedo, y causaron muchos estragos en el territorio de Santo Jacobo Apóstol, dieron atroz muerte al obispo llamado Sisnando y saquearon toda la Gallecia hasta llegar á los montes Alpes de Ecebrari. Mas Dios, á quien nada se oculta, y que nada deja impune, les dió el castigo merecido cuando al tercer año regresaron á su país, pues así como redujeron á la misera cautividad al pueblo cristiano, y dieron muerte violenta á muchos, así también ellos hubieron de sufrir calamidades sin cuento, antes de abandonar los confines de Gallecia. (Entretanto el rey Ranimiro tomó esposa llamada Urraca la que está sepultada en Oveti.) Al mismo tiempo el conde Guadisalvo Sanciois en nombre del Señor; y en honor de Santo Jacobo Apóstol, cuyas tierras habían devastado, salió contra ellos con numeroso ejército y los combatió. El Señor le concedió la victoria, y logró pasarlos á cuchillo y exterminarlos á todos juntamente con su rey, y luego, con la ayuda de la Divina clemencia, dió fuego á sus bajeles.

29. El mismo rey Ranimiro, que era soberbio, mentiroso é ignorante, comenzó á maltratar de obra y de palabra á los condes de Gallecia, Legion y Castilla. Entonces estos condes resentidos, se conjuraron y proclamaron por rey á un tal Veremundo, lo que se verificó en la Sede de Santo Jacobo Apóstol en los Idus de Octubre Era MX.

(1) Las Asturias de Santillana.

Sabido esto por Ramiro, partió de Legion y se dirigió á Gallecia. El mism rey Veremundo salió á su encuentro, y en Portella de Arenas, se travó encarnizadamente el combate. El éxito quedó indeciso, y se separaron sin poderse unos ni otros atribuirse el vencimiento. Ramiro retrocedió á Legion; y allí murió naturalmente siendo el año XV de su reinado cuando acabó su vida, fué sepultado en Destriana. En tanto el rey Alcorrexí con numerosas fuerzas de Agarenos, penetró en Gallecia por Portugalense y se adelantó hasta Compostella dejando asolada toda la tierra. Mas intentando osadamente llegar hasta la iglesia y sepulcro del Beato Jacobo les infundió Dios tal terror que les obligó á retroceder; no quiso sin embargo nuestro rey celestial, quedasen impunes tantos desmanes cometidos contra el pueblo cristiano; y para castigarlos, envió á los agarenos tal enfermedad de vientre que murieron todos sin que uno solo quedase con vida para regresar á su patria.

N. C. C.

LA SEÑA.

Hé aquí la esplicacion que dá un periódico de Málaga de la significacion de cada uno y todos los actos de esta ceremonia religiosa:

«La ceremonia de la Señá tuvo su principio en la gentilidad. Cuando moria algun capitán principal que habia triunfado de sus enemigos, sacaban el estandarte de la Victoria, y postrados en tierra los soldados, el cabo mas digno lo batía sobre todos en señal de sentimiento. Así la Iglesia en la muerte de Nuestro Redentor hace sentimiento sacando el estandarte real de la Santa Cruz con triunfo del enemigo del género humano, quitándole la presa que de él habia hecho por el pecado, cantando el himno *Vexilla regis*, y dando á entender los misterios de su significacion en las demostraciones que ejecuta.

El ser negra la bandera, significa las tinieblas y oscuridad que padeció la tierra en la muerte de Cristo Nuestro Señor.

La cruz roja en la bandera, denota que por la sangre que derramó se lavaron nuestras manchas contraidas por la culpa.

El ponerla en el altar delante del Sagrario, significa el Verbo Eterno en el seno del Padre, dispuesto para bajar á redimirnos.

El salir los señores prebendados del coro cubiertos desde la cabeza á los piés, significa la oscuridad que tuvo el mundo, desde la cabeza de Adán hasta sus hijos.

El salir el signifero del cuerpo del cabildo en el mismo traje, significa el Verbo Eterno que, vestido de nuestra naturaleza, salió á redimirnos.

El bajar el estandarte del altar, significa la venida del Verbo saliendo del seno del Padre al mundo á padecer.

El hincarse de rodillas los señores prebendados y todos los capellanes y demás que se hallan presentes, significa la reverencia con que se debe venerar su venida.

El tocar primero el estandarte el ara del altar, significa que del ara de la cruz tuvo el mundo su remedio.

El tocar con el estandarte los dos lados del Evangelio y Epistola, significa el llamamiento á los pueblos hebreo y gentil.

El tremolar delante del altar primero, significa la noticia de su venida por los profetas y sibilas.

El tocar sobre los hombros el signifero la bandera, significa cargar sobre los suyos Cristo Nuestro Señor nuestras culpas.

El volverse al pueblo desde la superior grada del altar y tremolarla ó batirla allí, significa el llamamiento al pueblo hebreo por milagros y señales, dándose á conocer, y no lo quisieron recibir.

El bajar la grada y llegar á los señores prebendados, significa apartarse del pueblo hebreo y venir al gentilismo.

El postrarse en tierra los señores prebendados, poniendo las espaldas debajo de la bandera, significa la obediencia con que recibieron sobre ellos el yugo suave de su ley; el levantarse y descubrirse, quitándose el capez, significa que por medio de haberlo recibido se levantó el género humano caído por culpa y desterrando las tinieblas en su ceguedad les alumbró la luz del Evangelio.

El ser cinco las Señas que usa esta santa Iglesia, significa las cinco edades que tuvo el mundo sin el conocimiento claro é intensivo de Cristo Nuestro Señor: la primera desde Adán hasta Noé; la segunda desde Noé hasta Abraham; la tercera desde Abraham á Moisés; la cuarta desde Moisés á David, y la quinta desde David hasta el nacimiento de Cristo Nuestro Señor, y las cinco llagas que como fueron purísimas, lavaron las culpas de los cinco sentidos.

EL GRUPO FOSIL.

EPISODIO DE LA CONQUISTA DEL PERÚ.

La historia de los monumentos es la de los Estados; la historia de un hombre es alguna vez la de un pueblo, y cuando los libros no cuen-

tan las revoluciones que han trastornado los imperios, pedazos de columnas esparcidas por una y otra parte, enterrados bajo la movediza arena, revelan al arqueólogo las cosas y los sucesos que encubren las tinieblas de las edades.

Indudablemente el siglo XV es uno de los que han señalado mas su paso con el estrépito de grandes catástrofes y la conquista de Méjico, es quizás el mas memorable acontecimiento de aquellos tiempos de audacia y crímenes, que nos han legado tantos nombres célebres y pueblos subyugados.

El *dorado*, que no era todavía una ficción, arrastró una parte de la Europa á cruzar el Atlántico; pero los corazones de acero, para los que la muerte era una consecuencia inevitable de la vida, fueron á buscar otra cosa diferente que la juventud y la fortuna en el país de los incas y caciques, tan despoetizado en nuestros días....

Peligros y gloria ambicionaban los Alfonso de Alburquerque, los Alvarez Cabral, los Gama, Diaz de Solís; la necesitaba sobre todo Francisco Pizarro, el intrépido aventurero á quien desvelaban los nombres de Cristóbal Colon y Américo Vespucio, y grande es la epopeya en que representó el papel principal, él, jefe de una banda indisciplinada de unos centenares de hombres, que iban á luchar contra numerosísimas y fanáticas gentes.

No quiero yo contar la historia casi fabulosa, de totes conocida, que devoró en pocos meses los hombres, edificios y tesoros acumulados que poseía la América; pero cuando un episodio interesante de aquella sangrienta lucha se ofrece espontáneamente á la pluma del escritor atento, su deber es recogerlo y ofrecerlo á la meditación de los que tienen en sus manos la suerte de los pueblos; lo pasado es el profeta de lo venidero, y no hay nada inútil en el estudio de los días que pasaron? ó de las ciudades gastadas por el roce de los siglos.

¿Quién era Francisco Pizarro? ¿quiénes sus compañeros de armas, todos lo saben.... Los incas, vencidos con la espada, el bronce, los corceles y los perros, abandonaron sus riquezas y sus capitales.

Pocos meses despues de la conquista del Perú, ejecutada en aquellos tiempos bárbaros con la crueldad que condenan los presentes, la antigua religion de aquellos buenos pueblos ecuatoriales pereció, y los tesoros de los templos fueron presa y botín codiciado del vencedor.

¿Pero qué se habian hecho las virgenes que los curacas habian consagrado al sol? Los soldados de Pizarro lo hubieran podido decir entonces y los que estudian la historia despues, con el valor que es preciso para buscar, en provecho de las generaciones futuras, la triste verdad que envuelven los horrores inseparables de la guerra.

Entre estas, si se ha de dar crédito al manuscrito mutilado que tenemos á la vista, la mas hermosa era Kalida, á quien el inca mismo queria hacer su compañera. En medio del asalto del templo sagrado, que la ocultaba de las miradas profanas de los peruanos, cayó ella en poder de un jóven oficial castellano, caballero de honradas y dulces inclinaciones. Llamabase Juan Torrijos; Kalida se arrojó implorando misericordia, pero apenas levantó los ojos hácia su vencedor, dió las gracias, y se consoló.... ¡Oh! fué uno de esos amores castos y piadosos que ennoblecen y tranquilizan; amáronse sin decirselo; el hermano respetaba á la hermana, pero la hermana conocia que podía haber en el corazón de la mujer otro sentimiento que esta santa amistad que ocupaba su vida, pero que no la llenaba.

Jamás me paro delante de este grupo fósil que los sábios estudian con indiferencia, sin que las lágrimas asomen á mis ojos; toda una época se me representa, época triste y sangrienta, en que el mundo se ensanchaba, en que las malas pasiones, juntas con las heroicas, corrían en alas del viento, con los navegantes; y al tocar con el dedo estas dos elocuentes figuras, busco al niño pulverizado que ha dejado una señal tan dramática en el seno de su madre.

Aun veo en las faldas de estas cordilleras nevadas, que se estienden del Sul al Norte de América, estos desgraciados, perseguidos, por órden de Pizarro, y del Inca, su prisionero. El primero queria coger á Torrijos, cuyo brazo é inteligencia habian sido tan útiles en la conquista, sin perjuicio de apoderarse de Kalida; el otro pedia con calor la jóven y hermosa peruana, cuyo recuerdo le era mas grato todvía que el de la libertad.

¡Ay! léanse, como yo lo he hecho, estas páginas elocuentes, dictadas por el dolor y la desesperacion, y se podrá juzgar de las angustias y tormentos de los dos fugitivos de Quito, despues del incendio de esta capital.

Un país desconocido, llanuras desiertas, selvas impenetrables, montañas áridas levantando hasta el cielo sus orgullosas frentes; añádanse á estas calamidades, y á la riqueza fatal del suelo, torrentes soberbios, fieras que combatir ó evitar, reptiles venenosos que venían algunas veces á compartir el lecho de los dos amantes, y se comprenderá tal vez, por qué he seguido con tanto interés á mis dos héroes— cortados hoy en piedra— en quienes la sed y el hambre ha debido con frecuencia helar el valor sin entiviar su cariño.

Quito está sobre el nivel del mar tanto como las mas altas cumbres

de los Pirineos, y sin embargo, los fugitivos se dirigieron todavía á regiones mas aéreas. El alma se purifica en las regiones celestes, y como los filones en que se estráen el oro se hallaban al rededor de estas colinas, parecia natural el creer que los soldados de Pizarro, ávidos de riquezas, no escalarían las cordilleras que ofrecían tantos peligros. Torrijos no habia pensado mas que en los hombres; pero los elementos tienen tambien su cólera, y contra ella iba á verse precisado á luchar.

Aunque bajo la línea, Quito tiene sus noches de nieve, su primavera é invierno. Torrijos y Kalida se apercibieron de ello muy pronto, y fácil es conocer las angustias que debieron sentir, cuando en medio de las tinieblas se vieron envueltos por la nieve, que en copos crecidos caía sobre sus cabezas, y cubria los precipicios que costean.

¡Oh! esta parte de la narracion de los dos desgraciados está sellada con el mas doloroso terror; y si sus caractéres recuerdan el génio español, se ve tambien que una mujer la ha dictado... Pobre Kalida! ¡tal vez sabia ya que llevaba en su seno una prenda de amor, mas fuerte que la cólera celeste!

Hélos allí, sosteniéndose mutuamente, y dispuestos á desaparecer á cada paso en los hondos precipicios que los rodeaban. La tormenta bulle á sus piés y sobre sus cabezas... el torbellino caprichoso burla todos sus esfuerzos, el valor solo servirá para prolongar su agonía.

—Parémonos aquí un poco, dice Kalida con voz débil: el último suspiro del hombre debe ser un pensamiento dirigido á Dios; el reposo únicamente nos permite llegar á él...

Sobre esa roca, prosiguió, lanzaremos nuestro último suspiro... ¡Qué nuestras almas, Torrijos, se confundan en un mismo adiós!

Sentáronse en una piedra, que el huracán habia limpiado de la nieve, y allí, solos, abrigados el uno con el otro, aguardaron su redención, es decir, la muerte.

Todo estaba blanco en torno suyo: era como un sudario funeral que se perdía en el horizonte, como si quisiera envolver al mundo en la misma catástrofe... Escuchad, escuchad... un ruido sordo, lúgubre, fatal, resuena como una amenaza celeste, semejante á las olas irritadas del mar, como un concierto satánico.

¿Son las roncás voces de los leones americanos, que giran á veces alrededor de las caravanas aventureras? No, porque no penetran en regiones tan glaciales. Las serpientes callan tambien al furor de los elementos conjurados. ¿Qué era, pues, aquel ruido que estremecía la roca, que guarecía á los desterrados del mundo, haciendo oír como los sonidos de un siniestro gemido?

Era la avalancha que preparaba su obra devastadora; era la frente de la montaña que iba á colmar el valle. ¡Héla allí! ¡héla allí, se levanta, grita, abre su seno, estiende sus brazos, sube, baja, se balancea, y parte...

La roca sola la resiste; todo lo demas es arrastrado, destruido en su marcha gigantesca, árboles seculares, nerviosas lianas, piedras bituminosas, pájaros perdidos en el espacio, buitres enormes, cadáveres de cuadrúpedos y reptiles, todo se confunde, se mezcla en la red destructora, todo es devorado por las rápidas aspiraciones del terrestre meteoro. El caos vuelve á empezar, y cuando la montaña se estremece en sus cimientos, Kalida y Torrijos aguardan el desenlace del drama con imperturbable tranquilidad.

Mas tarde sabremos quizás si esta avalancha se contentó con llenar de despojos la barranca adonde iba á espirar su rabia; oiremos á los mas verídicos exploradores del país, sobre el que Dios ha derramado sus mas ricos dones, y mas desoladora pobreza...

Sigamos ahora á los amantes ante los hombres, los esposos ante la divinidad, y veamos si, despues de tantas fatigas y peligros, descubrirán un logarcillo indio, una familia nómada que les dé asilo, lumbré, algunas frutas y algun consuelo.

«¡Qué fatal te es mi amor! decía Torrijos á su valerosa compañera, que llevaba los piés descalzos, destrozados por la aspereza del camino; ¡no es verdad que lo maldices, querida Kalida de mi alma?... Di, ángel consolador, di, sin temor á quien no quiere la vida sin tí, que esperabas mas de tus fuerzas y tu ternura; dile que el arrepentimiento ha penetrado en tu corazón, y en el mismo instante rodará mi cuerpo hasta lo profundo de este abismo.»

Kalida, por toda respuesta, dirigió á Torrijos una de esas miradas bañadas en lágrimas que son juntamente una queja y un consuelo: un beso ardiente fué la prenda de una paz eterna... ¡De este modo crecía su energía con los obstáculos, y tal era su heroica resolución, que desafiaban el destino, queriéndole probar que su rabia se estrechaba contra la firmeza incontrastable de su amor!

¡Ah! el cielo les sonríe, el sol los calienta, un paisaje que les anima la esperanza, uno de esos frescos y risueños oasis que el Omnipotente ha colocado en medio de sitios escabrosos y áridos, capaces de espantar á las bestias feroces, los rodea.

En una vallecito delicioso, que surca un riachuelo, donde se reflejan plantas odorosas, cuyo perfume delicado consuela al viajero perdido en aquellas soledades; numerosos pájaros se regocijan saltando

de rama en rama, haciendo resonar en el aire su alegre canto, sus quejas y suspiros... Allí no hay serpientes escondidas entre las flores, ni el fiero jaguar con sus barras negras, la pupila encendida, las uñas afiladas, los movimientos tan rápidos y sueltos que puede llamársele el reptil de los cuadrúpedos; y como si el Criador de todas las cosas hubiera querido decir al hombre de las selvas ó de las ciudades: ¡detente ahí!... las colinas escalonadas que rodean este encantador Eldorado desafián á las cumbres mas elevadas á que lleven hasta su último asiento un solo resto de los estragos periódicos con que parece que se deleitan las terribles y eternas avalanchas.

En presencia de un paraíso terrestre tan imprevisto, Torrijos y Kalida se postraron de rodillas, é hicieron subir hasta la frente de Jehová las mas fervientes acciones de gracias.

—Gracias te doy, Dios mío, dijo Kalida: él solo puede poner á nuestros piés tantas riquezas, y tanta alegría en nuestro corazón.

—Démosle gracias por dos, respondió Torrijos.

—Por tres, añadió con viveza Kalida, con las pupilas bañadas en lágrimas.

—¡Que Dios le conceda dias felices!

—Roguémoselo, Torrijos; lo llamaremos Juan, puesto que este es tu nombre, que tienes una patria, ¡y yo no la tengo!

—¿Es posible? preguntó el español á la peruana, cogiéndola el brazo con amor frenético; ¡oh! en tal caso, tú eres mi patria, mi cielo, mi Dios, que ha criado el tuyo, este hermoso sol, que fecunda tantas riquezas desplegadas ante nosotros... Ven, Kalida, esta será nuestra patria; aquí nuestra felicidad, aquí nacerá el primer vástago de Torrijos y Kalida.

Bajo un cielo siempre azul, en un suelo jóven y fértil, ¿qué le hace falta al hombre que posee una dulce compañera, que sigue sus pasos y participa de sus sentimientos?... Agua, algunas frutas, la salud, una mirada, este poder eterno que dá aliento al mas tímido, esperanzas al condenado...

Torrijos, pues, era feliz en este alegre valle, cuya opulencia describe tan poéticamente; lo era doblemente, porque veia al despertar una sonrisa consoladora en los labios entreabiertos de Kalida, que iba á ser muy pronto madre.

—Así se forman las colonias, le decía la hermosa peruana con voz persuasiva; primero uno, despues dos, tres; luego el acaso trae al desierto un viajero extraviado... Se le tiende la mano, se le recibe, se le guarda, y la familia necesita un campo mayor, una cabaña mas espaciosa, un petate mas ancho.

—¿Te cansa la soledad? le preguntó tristemente el español.

—No, amigo mío, pero el porvenir debe ocuparnos un poco: vas á ser padre, Torrijos; tu hijo tendrá una alma como la tuya, yo daré la mia á mi hija, porque no es cierto que nuestros pensamientos estén en la cabeza.

—¡Qué noble eres, ángel mío! Y bien, ¿sabes tú lo que me inspira tu discreta prevision?

—Habla, amigo, tu palabra es dulce, aun cuando regaña; apuesto á que vas á tener razon contra mí que creo siempre tenerla.

—Escucha; aquí somos tan felices, lejos de curaceas y españoles, que la idea de explorar mas allá del circo de lava que nos rodea, no se ha presentado á mi imaginacion. Tal vez estemos cerca de alguno de esos pueblecillos que pintan tan felices las tradiciones de tu país; tal vez vivimos en medio de un mundo habitado... ¿Quieres que suba á las crestas que nos dominan, y tienda la vista por los valles que las separan? La inocente felicidad no es egoísta, y si hay cerca de aquí pueblos y hombres que los habitan, creo que sería humano decirles que nuestro país es rico, los frutos sabrosos, las aguas siempre frescas y cristalinas, y nuestro imperio bastante vasto para una parte de los necesitados. ¿Quieres, Kalida?

—Tu proposicion es un reproche, respondió la india, presentando una mano pequena y húmeda á su esposo inquieto, pero la acepto sin murmurar: únicamente, si tú partes, yo voy contigo; tus fatigas deben ser las mías, tus peligros serán los míos.

—¿Y tu hijo? exclamó Torrijos alarmado: aquí tenemos flores siempre brillantes, césped verde, árboles robustos y protectores... No se necesita un sepulcro, y tú lo sabes, tu último suspiro será tambien el mío.

El circo estaba aun envuelto en el crepúsculo, pero las cimas de los montes tomaban un color púrpuro con los primeros rayos del sol; los pájaros saltaban entre el follaje, y las mariposas les disfrutaban alegremente el imperio del aire. Un hombre jóven y fuerte, una mujer fuerte y jóven como él, escalaban las cuestas de esta parte de los Andes americanos, tan poco estudiada todavía. No se hablaban, y sin embargo ambos estaban preocupados con siniestros pensamientos, como si fueran dos culpables que van á presentarse ante sus jueces. Si hubieran pronunciado una palabra, de fijo hubieran retrocedido; pero como el silencio podía inspirar una esperanza al otro, prosiguieron su enosa marcha á través de senderos naturales, abiertos por la lava en

la montaña, y que indicaban en cierto modo la época de las erupciones.

Sin embargo, las fuerzas hacían traición al esfuerzo de la joven peruana, á quien su dulce carga paralizaba el paso: así, apenas había llegado al primer descanso de una colina, deseó reposarse un poco: este momento fué el de la meditación y el de las tiernas quejas.

—¡Ah! no debíamos haber abandonado el feliz asilo por una esperanza que puede ser una desgracia, pensaba Torrijos; los amigos verdaderos son raros en la tierra, y aunque el corazón sea ciudadano del universo, solo se fija por egoísmo ó interés.

—¿No es verdad, decía Kalida con el codo apoyado en las rodillas de su noble compañero, que está muy lejos de aquí el valle á que nos dirigimos?

—Bastante, respondió Torrijos, comprendiendo el sentido de la pregunta, para que casi renuncie á mi proyecto.

(Continuará.)

DEL TRAJE

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HISTORIA,

DEL GUSTO Y DE LAS ARTES.

A la par de la historia de los hechos, tan henchida de gravísimos ejemplos, y llena también por desgracia de omisiones, dudas, oscuridad y mentiras, existe otra que no ha tenido interés de desfigurar el espíritu humano, y que ofrece á la curiosidad de los eruditos un pasto abundante y provechoso. Es esta la historia de las costumbres, de los trajes, del lenguaje y de todos los signos con que cada generación nos revela sus tendencias materiales y morales, su grado de civilización, sus intereses sociales y su nivel intelectual.

Hay en esta historia secundaria un capítulo tan importante como ameno, el cual vamos á examinar hoy, reservándonos para otro día un asunto de mas transcendencia y gravedad. No será el capítulo de los sombreros, que un cómico francés ha intercalado burlescamente entre las obras de Aristóteles, sino el que trata del traje nacional y de sus variaciones.

No nos faltarán documentos para tan curioso estudio: existen por do quiera, en las crónicas, en los cantos populares, en las admirables estampas de los antiguos misales manuscritos y en las groseras viñetas de los primeros libros impresos. Además de estos manantiales originales, hay otros muy numerosos, en los que ha resumido la ciencia todo lo mas elocuente y extraño que puede satisfacer á la curiosidad de nuestros antepasados y de nuestros contemporáneos. No teneis mas trabajo que hojear el catálogo de los libros publicados en Londres durante el último año, para encontrar entre ellos tres colecciones de diferente asunto y aspecto, que tratan del punto en cuestion. Lo han apurado bajo un punto de vista distinto dos anticuarios y una mujer. La ilustración, esplotada en esta ocasion con utilidad, les ha ayudado en su empresa, y ha dado una claridad particular á los anales de la moda; de modo que no teníamos que hacer mas que tomar notas y compaginar fechas, para extraer de todas esas interesantes obras una historia compendiada del traje, si no nos hubiera parecido esencialísimo poner de manifiesto uno de los lados de la cuestion que apenas han indicado nuestros tres autores. Ellos se han limitado á repetir todo lo que se ha dicho sobre las variaciones sucesivas del traje nacional; pero nosotros intentaremos estudiarlas en sus relaciones con las nociones é ideas del arte moderno, completando de este modo la misión de críticos, de que nos hallamos dignamente encargados.

No obstante, nos aprovecharemos del libro de M. Fairholt para seguir la trasformación sucesiva del traje introducido por los romanos en la isla conquistada por César. M. Fairholt es nimio y escrupuloso, como verdadero sábio, y no se ha atrevido á remontarse mas allá de la conquista sajona, porque no encontraba autoridades respetables para la descripción exacta de los siglos anteriores á esta época. Efectivamente, cuando los escritores griegos ó romanos de los siglos III y IV describen los usos y trajes británicos, no recurren jamás á apuntes contemporáneos; se contentan con copiar lo que habían escrito los historiadores y los geógrafos 500 ó 400 años antes; y este método, que tan usado es aun en nuestros días, les espone á gravísimos errores, de que es forzoso desconfiar cuando se lleva por norte en un trabajo el mérito de la exactitud.

Es muy posible presumir que, según hacían todas las tribus bárbaras mas ó menos sometidas á los procónsules romanos, trocarían también los habitantes de nuestras islas sus pintadas pieles por la toga italiana; y que cuando se trasladó la corte del imperio á Bizancio, dejarían sin duda alguna este manto tan pesado, tan majestuoso, tan incómodo y difícil de llevar, para vestir el elegante *pallium* de la raza griega.

Somos de parecer de que el traje de los sajones, imitado en un todo

del que se usaba en el Bajo Imperio, sufrió notables trasformaciones antes de la conquista normanda. Gurt y su señor Cedric irían vestidos poco mas ó menos como los porquerizos bizaútos y los cortesanos de Commeno. Por otra parte interesaba muy poco, según parece á los anglosajones, la forma de sus vestidos, y gustaban con predilección de broches y hebillas incrustadas ó cinceladas para abotonar sus vestidos cortados á capricho. Envolvía su cuerpo una túnica sencilla que bajaba hasta la rodilla, y se adaptaba y ceñía á la cintura por medio de una banda de la misma tela, ya con un cinturón adornado de varios dibujos.

Algunas veces se veían ricas bordaduras en los bordes de la misma túnica: consistían en hojas esparcidas en trozos de iguales dimensiones ya cuadradas, ya redondas, pero sin mas artificio: los mas ricos llevaban estas hojas bordadas con hilo de oro: la túnica tenía una abertura sobre el pecho en ambos lados, empezando desde las caderas, y se parecía mucho á las modernas camisas. Llevaban sobre ella una capa corta de diversos colores, ajustada por medio de un broche sobre el hombro derecho, sino lo estaba tan bien sobre el mismo pecho, dejando entonces á la capa separarse en pliegues iguales y volver á caer desde los brazos que levantaban, hasta encima de la pantorrilla.

Las personas distinguidas y los ancianos llevaban encima de esta corta capa otra mucho mas larga, y que sería sin duda alguna una imitación de la toga romana. Jamás deja de estar representado Dios en los manuscritos de la época sin este atributo de la pobleza y de la ancianidad.

La capa corta servía con frecuencia para preservar la cabeza de la inclemencia de las estaciones, porque en la época en que hablamos eran muy escasos los adornos de la cabeza. Se vé no obstante, que ciertos hombres privilegiados llevaban sombreros ó gorros cónicos, recordando con su figura los cascos guerreros y los gorros frigios, puestos los unos sobre los otros. Se usaban los cabellos desmesuradamente largos, divididos por enmedio de la frente, y puestos detrás de las orejas, desde donde caían en libertad sobre las espaldas; la barba, ya estuviera en forma de collar, ya cayera sobre el pecho á la longitud de algunas pulgadas, terminaba en dos puntas. Los escritores sajones hacen muchas veces mención del brech y del hose. El brech (del que se deriva la palabra breeches) abrazaba estrechamente la pierna, no tenía mas adorno que unas rayas trasversales en torno de los muslos, las cuales no pasaban de la pantorrilla. El hose (de que se deriva la palabra francesa houziaux) era de cuero ó de piel sin curtir; solo llegaba hasta la rodilla; los zapatos estaban por lo comun teñidos de negro y abrazaban el pié hasta el tobillo. Aunque las pinturas del tiempo no indican si estaban sujetos por correas ó hebillas, no puede negarse la certeza de esta circunstancia.

Las damas anglosajonas rivalizaban en sencillez con sus maridos; sus largos vestidos caían sobre sus piés en pliegues rectos; llevaban encima una túnica que apenas llegaba á la rodilla, y que según parece, estaba ajustada al tallo por medio de un cinturón cualquiera; una larguísima capa ocultaba su rostro á todas, y el coverchief ó capucha acababa de hacer casi invisible á la casta esposa de los nobles sajones. El complemento del tocado femenino era esta capucha puesta en torno de la cabeza que caía con bastante gracia sobre el hombro derecho, y la mujer del pueblo iba vestida en cuanto á este adorno lo mismo que la reina, la cual debía llevar su toca encima de la corona. Sus cabellos, casi siempre ocultos, eran tan cortos, que formaban con ellos una especie de rollo al rededor de la cabeza: solo estaban sujetos con una cinta de muy poco lujo.

El azul, el encarnado y el verde eran en aquella época los colores adoptados con mas frecuencia, tanto por los hombres como por las mujeres. También se usaban el de carmesí y el de violeta, pero no tanto. El traje blanco era muy raro y jamás usado, circunstancia que explica de un modo conveniente el clima de la Gran-Bretaña.

(Continuará.)

COSTUMBRES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.

EL PADRINO NUMEN.

Este espíritu sea ángel ó demonio, es sumamente amable como todos los que dan gratuitamente, y en cambio de esta generosidad se contenta con un pequeño reconocimiento. Dicen que se cierne en los aires una vez al año, precisamente en la noche que precede á la aurora del día 1.º de Enero, y con mano invisible prodiga generoso á los niños mil deliciosos dulces y numerosas chucherías: es el dios Mercurio de los aguinaldos, si no es la misma divinidad en persona.

Esta lejana reminiscencia, reformada del politeísmo, se halla establecida en el cristianismo, y jóvenes secueces, fervorosos neófitos, que se suceden sin interrupción, entonan balbucientes las candorosas alabanzas de la inocencia. Mas sin embargo, este como los demás cultos tiene también sus hipócritas, y la devoción aparente al Silio del año no prosede siempre de una fé pura, porque hay chiquillos as-

tutos que no creyendo en él, fingen admirablemente su creencia para sacar mejor partido.

Este génio benéfico es muy conocido en las regiones de París, bajo el nombre de Enero, ó un viejo jóven que simboliza lo presente lo pasado y el porvenir. En Lorena, Alsacia, Alemania, Polonia, España é Inglaterra se llama Navidad, y según la explicación de las madres, es un ángel refulgente y lleno de atractivos, que baja siempre con las manos llenas para visitar á sus amigos, los angelitos de la tierra; pero tal como lo vió y describió Dickens en la obscuridad de las negras nieblas del Támesis, sería un espíritu de primer orden y mas varonil que infantil. En algunos otros puntos del globo este génio se representa en el mismo niño Dios en medio de una nube celestial.

En nuestras provincias del Sudeste, en Saboya, en las inmediaciones de Lyon, y en la antigua y excelente Bresa, tan invariable como la Bretaña, *Enero-Navidad* se ha convertido en el *PADRINO NUMEN*, calificación singular de un ser ideal que demuestra la sencillez de los aldeanos.

Sea el que fuere su nombre, sexo, procedencia y atributos paganos ó cristianos, este personaje simbólico, griego, romano ó escandinavo, es una ficción cosmopolita que todos los tiempos y países arreglan á su modo.

Hay razones que inducen á creer que en otro tiempo se llamó en Roma *Strena*. Mucho ha cambiado desde entonces con respecto al vestido y sus modales, pero siempre se le conoce por sus costumbres á pesar de sus disfraces, y en vano cada pueblo la transforma imponiéndole su idioma y hábitos. Véase lo que dice Dickens: «Navidad está cubierta con una túnica de color verde oscuro, guarnecida de blanco armiño: tiene la cabeza coronada con un ramo de acebo interpolado de bayas coloradas, resplandeciente de brillantes, con tordos y agri dulces helados: su cabellera suelta ondea; su vista está complacida, su mano abierta, su voz alegre y su frente tranquila. Pende de su pácifico cinturón una antigua vaina de espada vacía y carcomida de orín; sacude su antorchita haciendo llover enrededor suyo sus dones generosos, los tesoros el cariño y la amistad, las delicias del paladar, del apetito, de la alegría, etc.»

Después de haber observado esta figura tan llena de vida, vigor, é ilusión poética, es menester descender y colocarse al nivel de lo ideal como se entiende en Bresa. Allí el *Padrino Numen* deriva mas bien de Sancho Panza, ó del rey de Ivetote, que de la Navidad inglesa, y de un buen hombre pequeño que corre montado en un asno, á guisa de un molinero que va á la boda, recorriendo todo el pueblo, por encima de los tejados deja caer por el conducto de las chimeneas sus regalos, destinados á los chicos que se conducen bien y son aplicados. Este tipo no brilla por su forma ni por su colorido; pero es sencillo como las gentes honradas de aquel buen país, y tal cual es, basta para llenar el objeto y complacer á los chicos de Bresa, á cuyos ojos el famoso caballo del paladín Rolando, ó el Bayardo de Reinado, tan conocidos en las veladas, no podrían compararse con un hermoso burro cargado de juguetes, chucherías y dulces. En toda la comarca la idea de la munificencia, de la generosidad y de la bondad es inseparable del nombre venerado de Padrino: y si en París el tío pasa por un tesorero dispensado por la naturaleza, aquel es allí el monopolista de las estrenas, el proveedor jurado de las golosinas y los juguetes; pero ¡qué dulces y qué juguetes...! Siempre es rico el que se contenta con poco.

Así, pues, Enero-Navidad es en aquellos países el padrino general y en atención á su esencia maravillosa y sobrenatural, le han declarado el *Padrino Numen*. Esto es cuanto queda en Bresa del génio que la sabiduría de la antigüedad presentaba al principio del año como móvil de los sentimientos de reconciliación y amistad, todo ha quedado reducido al pequeño ordinario del 31 de Diciembre por la noche con su pollino imaginario: ¡célebre jumento, digno hombrecito! ¡Qué exactitud inspira la confianza! En la noche del día de San Silvestre, no hay chico que antes de acostarse, y si ha sido educado en el respeto debido al Padrino Numen deje de colgar de la campana del hogar, una madreña, una calceta, cualquiera cosa á falta de cesta y al día siguiente así que se despierta, si es que ha podido dormir, encuentra quien un bonito juguete, quien confites, y aun los menos afortunados corren la contingencia de hallar nueces, higos, ciruelas, en fin, cada cual lo que puede esperar.

Muy pronto llegó el día en que me declararon en la edad del juicio, demasiado grande para seguir los lances de este juego, á fuer de sencillo, lleno de emociones. No concedo siquiera un recuerdo á los mas ricos aguinaldos de mi juventud, y hasta me sorprende de la fé que en otro tiempo acordara al Padrino. Algunos, dije, que prolongaban la suya mentida, encubriendo mayor ambición, pero estos suelen obtener un desengaño solemne. ¡Ah! si el Padrino tuviera la noche menos pensada la feliz ocurrencia de tirar desde los techos billetes del banco, acciones de los caminos de hierro, aunque no fueran mas que luises de oro, ó cruces de honor; conozco mas de un

viejo chico, de espíritu fuerte que se apresuraria á poner sus medias bien abiertas en el cañón de la chimenea, ó sus zapatos, y si necesario fuera hasta el sombrero mas elegante de madama!...

—Madre, dice algunas veces el niño ¿ha visto usted alguna vez al Padrino?—No, porque está siempre muy ocupado y pasa de prisa.—¡Es exacto, porque tiene tantos niños que contentar!...—Madre, ¿no le parece á usted que el Padrino puede equivocarse de chimenea? porque Periquito ha recibido ricas almendras garapiñadas, ¡y yo no he encontrado sino avellanas!—Calla, niño; el Padrino odia á los envidiosos; y si desearas la parte que ha correspondido á otro, podrias encontrarte el año que viene con un nido de largatijas, ó con confites de yeso... ¡Cuidado!... No pocas veces el chico terrible vuelve á la carga.—Madre, ¿cómo los dos serones de un borrico pueden contener tantas cosas bonitas, para tantos millones de niños? Al oír esto, se confunde la madre, y realmente fuera mas acertado dar el encargo de distribuir á un diestro ciudadano que á un pequeñísimo aldeano, pues los serones de aquel se podría decir que eran como la botella inagotable de Hamilton, como el sombrero de Bosco, un cuerno de abundancia sin fin, un pozo de chucherías en el cual, cuando dicen que nada queda, hay todavía mucho.

(Continuará.)

UN CASAMIENTO AL VAPOR.

I.

EL ALMUERZO.

En medio de los placeres que rodeaban la corte de Versalles en tiempos de Luis XV, tampoco faltaban desazones provocadas por ese juego de intrigas que se agitaba sordamente en aquella grandeza corrompida; las costumbres estragadas del monarca, todo lo admitían cuando se trataba de lujo, sensualidad y disolución, llegando á la depravación moral al mayor grado imaginable.

Luis XV, ese príncipe libertino por antonomasia, había ya llegado hasta la saciedad, y se fastidiaba en medio de la crápula y desorden que reinaba en su casa, escándalo de las cortes contemporáneas de Europa. Ya no le halagaban las caricias de sus innumerables queridas, ni el fausto esplendoroso que le rodeaba, por mas que los mas apuestos y poderosos señores, doblaban la rodilla y le saludaban con el dulce título de *muy amado*. Esta frase, puesta en una boca encantadora de sus mujeres, tenía un doble sentido mágico y respetuoso, que producía á veces una conmoción eléctrica en el corazón del príncipe, corazón vacío de ilusiones, eso sí, aunque lleno de realidades.

Lo que mas atormentaba á Luis XV, era el recuerdo del pasado ese recuerdo que, luchando con su régio estoicismo, mostraba á su conciencia una serie implacable de víctimas de su mismo libertinaje, fantasma sombrío, que tan pronto halagaba su memoria con un grupo de hechiceras imágenes, como lo precipitaba al limbo del remordimiento, cuando se cambiaba ese grupo, por una súbita metamorfosis, y le mostraba en lontananza objetos lúgubres, sombras perdidas en el páramo triste de la desolación mas cruda.

Solo que, esas víctimas, ese fantasma, esas mismas sombras, no eran objetos quiméricos é incorpóreos, creaciones espiritualizadas por la fantasía, no; pertenecían á la misma realidad material é indubitable, eran sus propias queridas, flores agostadas por el soplo del vendabal, pobres criaturas, ajadas prematuramente y cuyas pálidas, aunque hermosas facciones, acusaban al mismo rey los delitos del libertino.

Esto, pues, debía tener un término; Luis XV, herido en lo mas vivo de su alma, por estas miradas elocuentes y resignadas en medio de su misma amargura, tuvo un pensamiento salvador; era menester dotar á aquellas pobres jóvenes, que eran hermosas todavía, y darles marido digno de aquellas mismas horas que formaran en otro tiempo las delicias de su harem. Fué esta una idea feliz, y el viejo mariscal de Richelieu, brindó por esta ocurrencia, en cierto almuerzo que la duquesa de Noailles, disfrazada de amazona, sirvió á S. M. en el palacio de Compiègne.

—Majestad, exclamó la hermosa duquesa algo picada al oír la extravagancia del cortesano, ¿qué decis vos á eso?

—Digo, replicó algo cortado el rey, que el mariscal es hombre de muy buen humor, pero al mismo tiempo, bastante imprudente.

Richelieu, impasible al parecer, vertió una sonora carcajada y se preparó á apurar otra copa. Aquella risa era histérica, y la copa tembló en la mano del duque. Una mirada al soslayo del rey demostró á éste que se había escedido, y cayó como una ardiente llamarada que encendió su rostro amoratado.

—Señor, balbuceó con mal reprimida turbación, confieso que ha sido una impertinencia mía, una inoportunidad si se quiere...

Richelieu, hábil cortesano, sabía hallar recursos en sus mismos apuros; así es que halló una salida oportuna y se lanzó á ella.

—Esto no quita que S. M. tenga en cuenta sus excepciones, repuso en tono de broma el astuto anciano, y devolvió al propio tiempo una mirada encantadora y sutil á la vez al rey, que se mordió los labios y posó en la dama otra mirada burlona. Richelieu gozaba entonces de la plenitud de su triunfo, y devoraba un volcan de odio á la activa duquesa, que prevalida del afecto del monarca, le habia hecho pasar por el sonrojo, á él, hombre de mundo, caballero de aventuras, y político refinado, á pesar de sus setenta y pico cumplidos.

El secreto de esto, era que Margarita de Hauteville, á quien habia dado en llamarse duquesa de Noailles, en perjuicio del legítimo poseedor de este título, tío suyo, y con quien tenia empeñado pleito de mejor derecho acerca del mismo, era una de las queridas predilectas de Luis XV, y que se horrorizaba cada vez que éste, por simple complacencia en atormentarla, la amenazaba con casarla de real orden. Y cuando sucedia esto, tenia lugar una escena que renunciamos á describir.

Las facciones del mariscal recobraron su malignidad cáustica, y parecían destellar relámpagos de odio hácia la joven duquesa, que por su parte se ocupaba bien poco del galante anciano. Nada tiene de extraño esto, si añadimos que habia sido despreciado por ella. Sobre estas repulsas, existia un plan, del que Richelieu solo era cómplice.

El almuerzo tuvo un desenlace frio y desagradable. Margarita no supo disimular sus temores, el mariscal se hallaba en una posicion algo difícil, y Luis XV, bajo su glacial sonrisa absorbía las miradas de entsambo, revolviendo allá en su interior un proyecto extraño.

II.

EN EL PECADO LA PENITENCIA.

Los jardines de Versalles eran pocos dias despues el centro de animacion de la bulliciosa corte de Francia. A uno de estos dias de fiesta, tan celebrados entonces, y que nos ha trasmitido la historia engalanados con ese lujo y accesorios, dignos de aquellos tiempos, sucediera una noche lóbrega, á pesar de las mil estrellas que tachonaban el firmamento: las calles de arbolado, los parterres y laberintos estaban espléndidamente iluminados, y resonaban las músicas de trecho en trecho. Parejas de cortesanos discurrían bajo las bóvedas de follaje, los cenadores formados por capas de hojaranzos y abetos, y las galerías artificiales de acacias con espirales de musta y estatuas de Carrara y Paros, con sus pedestales de bronce incrustados de alegorías mitológicas.

Corrian, por no decir volaban, comparsas de Locustas disfrazados de náyades, ninfas y coros de musas, grupos de amazonas y tronos de diosas con su bullicioso séquito de Cupidos y amorcillos con alas, círculos, ciclópeos y emblemáticas gerarquías del Olimpo, agitando sus blancas y perfumadas alas, envueltas en diáfanos y transparentes velos flotantes; y en medio de aquel juego de figuras impúdicas; animadas todas de un furor lascivo, deslizábanse algunos jóvenes Mercurios, que eran los mensajeros de otras tantas intrigas amorosas que se urdían de concierto en aquellas noches de amor, de voluptuosidad y de crímenes de cierto género.

La noche era ya muy avanzada, y las mil luminarias del jardín apagaban su pálido destello; en varios puntos se habian estinguido completamente; algunas estrellas brillaban á través de las verdinegras frondas, y brotaban del centro tenebroso, como otras tantas chispas inflamadas.

Un hombre vestido de jardinero marchaba con paso recatado, y se deslizaba á través de las tinieblas: aquel hombre era Luis XV. Seguidamente dos bultos, uno de los cuales era un abate, á juzgar por las ropas tálares y el sombrero peculiar de esa clase religiosa en aquellos tiempos. Todos tres parecían ir de concierto; á pesar de la separación proporcionada que observaban, y el misterioso recato de sus pasos indicaba que se disponía algun suceso de importancia por parte del rey.

Efectivamente, no tardaron en emboscarse en uno de los laberintos del parque, y se detuvieron junto á una cortina de yedra, que ocultaba el ingreso á un pabellon reservado. El rey prestó oído y creyó percibir suspiros y caricias, frases amorosas y una especie de lucha jadeante.

Luis XV, impetuoso é irreflexivo, rasgó aquella cortina flotante y se precipitó al pabellon. Una tenue claridad lejana alumbraba aquella cabaña artificial, cruzada por un surtidero de mármol, rodeada de estanques con pretiles y escalinatas de jaspe. Sobre un banco de muelle césped yacía una niña en lánguida y voluptuosa postracion: á su lado un génio de doradas alas rodeaba con su brazo derecho el talle medio desnudo de aquella, que envuelta en sus velos transparentes de gasa, provocaba al deleite con una gracia encantadora. Ambos tenían el rostro cubierto con un velo; sin embargo, el rey que venia en pos de aquella pesquisa, reconoció á ciencia fija en la venturosa pareja á la hermosa duquesa de Noailles y al viejo mariscal de Richelieu.

Ambos personajes sufrieron una profunda sorpresa, porque tambien habian reconocido en aquel pretendido jardinero al gran rey Luis XV de Francia.

Margarita, toda trémula, y sorprendida *in fraganti*, se contó perdida, sin recurso, y se arrojó por un movimiento espontáneo á abrazar las rodillas del rey, que la repelió dulcemente y dió á besar la mano á Richelieu, que no podia prever el desenlace de la aventura.

—Basta, señora, exclamó el principe, esa gracia solo se pueda obtener de un modo, y es casádoos.

—Pero señor...

—Es cierto, comprendo lo que vais á replicarme, pero ved que me he anticipado á vuestros deseos, y os juro que mi voluntad vá á ser cumplida.

Luis XV sonó un silbo de plata, y como por ensalmo aparecieron los dos compañeros que componian su séquito en el bosque.

—Ea, preparaos á dar la mano de esposa á ese caballero, dijo el rey con un signo imperativo de autoridad.

—No os comprendo, balbuceó la duquesa.

—¡Oh! esto es demasiado, exclamó el rey, que se iba irritando por grados, y cuya explosion amenazaba muy próxima: se trataba de un casamiento, como el único medio de evitar un escándalo que mañana imprimiria en vuestra frente un sello de ignominia, y que solo puede conjurar un tálamo legítimo.

—¡Un matrimonio clandestino! replicó Margarita, en cuyo ánimo se reveló el orgullo de la mujer ofendida, y enderezándose como una serpiente; ¡ligarme yo á un yugo que si empre he reprobado!... yo... la querida del rey de Francia... imposible.

Luis XV, pálido, todo convulso, llevó la mano al pomo de su daga con ánimo de herir á la cortesana; pero esta, por un impulso incomprensible y súbito, dijo:

—Me someto á vuestro alvedrio, y puesto que así lo queréis, sea. Traed testigos.

—Todo sobra donde está el rey de Francia, exclamó éste. En cuanto á padrinos, aquí está el señor de Monteville que se prestará gustoso á tan singular como honorífico lance.

Y el compañero del abate, á quien se habia dirigido el discurso del rey, se adelantó, inclinándose con una profunda reverencia.

Margarita, jorgando, aunque tarde, que era una descortesía permanecer de incógnito en la presencia del rey, quiso arrancarse la máscara, pero éste se apresuró á impedirlo, diciendo:

—Señora, el rey sabe respetar los disfraces, porque le ha enseñado á ello la experiencia, además de que con ello aprenderéis la reciproca, respetando en lo que vale la realidad del jardinero.

—Hé aquí una alusion soberbia, murmuró allá á sus adentros el mariscal con su habitual sutileza, al oír la oportunidad de las frases del rey.

Al punto, y venciendo sus vacilaciones, la duquesa dió su mano al mariscal, que se apresuró á oprimirla en medio de espumantes besos: el abate pronunció la fórmula sacramental é hizo descender la bendición sobre aquel extraño consorcio.

—Ahora ya es tiempo, dijo el rey, dando á besar su mano á la duquesa; vuestro honor y el mio se han salvado, y el rey os recomienda la salud del mariscal.

En efecto, Richelieu separaba el antifaz y mostraba á su bella esposa su rostro maltratado por los años, pero en cuyos ojos brillaba una pupila de fuego.

—Conque no sois vos.... exclamó Margarita cruelmente engañada.

—¡Ah señora! dijo el anciano duque, no os pese: mañana sereis monja.

—Es la verdad, murmuró el rey; no debia tener otra solucion el problema: en el pecado lleváis ambos la penitencia.

Todo esto se realizó al pié de la letra, y Margarita de Hauteville fué con el tiempo abadesa de las Ursulinas, á despecho de los conatos de Richelieu, que pedia á vivas instancias su secularizacion al Parlamento de París.

Jose PASTOR DELA ROCA.

MEMORIAS DEL VERANO.

Hechiceras madrileñas,
salid, salid de la cama,
que ya dora los tejados
la luz naciente del alba.

Con cuidadoso descuido
vestid la ondulante falda,
vuestros cabellos cubriendo
con frescos tules y gasas.

Abrid la sombrilla leve

de colores matizada,
porque al sol no den envidia
los soles de vuestra cara,
Y corred á los pensiles
que á Madrid en torno esmaltan,
y que sus gracias esperan
aumentar con vuestras gracias.

Dios ayuda al que madruga;
por eso ya visteis cuantas
por madrugar en verano
en el otoño se casan.

Dios os dará un buen marido
si procurais imitarlas,
que á vosotras las solteras
es lo que os hace mas falta.

Ya miraros me parece
lucir matinales galas
en las verdes alamedas
de la *fuelle Castellana*.

O en el ameno Retiro
cruzar entre espesas ramas,
y en el florido Botánico
respirar dulce fragancia.

Por donde quiera las flores
el puro ambiente embalsaman,
y reverencias os hacen
al impulso de las auras.

Himnos y jotas y duos
al sol los pájaros cantan,
y el arroyuelo murmura
porque le tienen sin agua.

¡Qué frescura! ¡qué alegría!
¡Cuán hermosa es la mañana!
sudando el quilo la corte
se despuebla por gozarla.

No en sus trajes nos demuestra
la esplendidez cortesana,
sino con grata frescura
sencillísima elegancia.

Allí pasean los niños.
con sombreros de alas blandas,
y vestidos de una tela
desde la frente á las plantas.

Allí en fáciles conquistas
á todas os avasallan,
y tan solo con miraros,
el corazón os arrancan.

Aquí un doguito rechoncho

con una pareja rancia,
monton de carne y de huesos
semejante á dos tinajas.

Allá, sentado en un banco,
saca á un libro la sustancia
uno que estudia en paseo
y se pasea en su casa;

Acullá en busca de fuentes,
con iguales pasos anda
otro que higiénica juzga
la medicina hidropática.

Mirad como al pié del chorro
las claras linfas escancia,
y, vaso á vaso, un estanque
á su estómago traslada.

Envuelto en nubes de polvo
allí un char-á-banc se lanza
donde un marqués, de cocheró
en el noble arte se ensaya,

Mas ya el sol *tifus* reparte;
por hoy de paseos basta,
y hácia la *Casa de Cmpo*
iremos juntos mañana.

Escuchareis en «*s* bosques
las discusiones que entablan
los ruiñeñores artistas
y las tórtolas románticas.

Y ciñendo de personas
un cinturón ó guirnalda
vereis una fuentecilla
que todo diz que lo sana.

¡Con qué afición cada uno
sus férreos jugos se traga!
¡y saben como las liñas
con que escribo estas palabras!

Ved cómo tienen de rojo
las piedras por donde pasan:
si los probais, lo mismito
se pondrán vuestras gargantas.

¡Huid, huid de esos campos!
y si mis versos os cansan
vereis que pronto de un golpe
paséo y romance acaban.

Que yo también, madrileñas,
de dejaros tengo gana;
que es por Dios mucho negocio
llevar á paseo á tantas.

José GONZALEZ DE TEJADA.

PELIGROS DE MADRID.



Las puertas se abren con requiebros. — El amor es un instrumento para los ladrones.

MADRID. — Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO é ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.